

Llegasteis hasta aquel país huyendo de los disparos y os metisteis en la miseria. Así de cruel puede ser la expatriación, así de malvado el refugio cuando no está al amparo de los más elementales derechos.

Tu infancia delimita una zona inhóspita para las muñecas. Pero eso no te hace desistir de tu gran y única ilusión: hacerte con una. Mientras tanto, te conformas con soñar con ellas. Porque sabes que eso es lo más cerca de tu piel que podrás tenerlas mientras no cambie tu suerte. Lo haces adrede cada noche; cuando te echas sobre el incómodo catre, fatigada hasta la extenuación y hambrienta hasta el dolor. No obstante, eso no te importa. Tus parpados caen como telones de plomo, presionados por toda la tristeza que acaudalas en los ojos. Entonces te concentras cuanto puedes. Tratas de visualizar en tu mente una muñeca muy especial, precisamente aquella de la que quedaste prendada hace muchos meses; esa cuya imagen no logras sacarte de la cabeza. La viste de manera fugaz, pero su aspecto fraguó de forma imperecedera en tu retina. La acurrucaba entre sus brazos una niña que viajaba dentro de un coche de lujo al que tratabas de limpiar el parabrisas en la ilusión de que su dueño sintiera lástima de ti y te diera unos chavos con los que amortiguar el hambre de tu familia. Poco a poco, se materializa en tu mente, dejando de ser un recuerdo para convertirse en una ilusión que cristaliza, que puedes palpar instantes antes de caer en un sueño profundo, aunque apenas reparador, pues concluye no más despuntar los primeros rayos del sol, banderazo de salida para una nueva jornada de trabajo opresor y extenuante. Y una vez más, en tu despertar, quedarán destrozados el mayor de los deseos, que siempre tuviste, aunque ahora esté por detrás del deseo de tener esa muñeca: ir a la escuela. Siempre fuiste una niña muy inquieta y curiosa, con un interés vivaracho por saber cosas nuevas. Por eso sientes envidia de las niñas y niños que, vestidos con sus uniformes coloridos y limpios, asisten a diario al colegio del barrio a donde tú acudes algunos días a mendigar cualquier cosa que sirva para amortiguar la pobreza que habita en tu casa, en esa chabola construida con cuatro tablas podridas y dos tableros de chapa herrumbrosa, y entre cuyas cuatro paredes destartaladas abunda la

suciedad y los roedores, bichos asquerosos que pugnan por hacerse con parte de los escasos víveres que lográis adquirir, viandas con las que pasáis el día con más pena que gloria.

Tu edad no se corresponde con tu aspecto. Parece como si un espejo malvado hubiera arrojado una imagen devaluada de alguien que nada tiene que ver contigo, pero que ha aprovechado la ocasión que le brinda la maldad para pegarse a ti como una segunda piel. Siempre vas desgredada, con dos trenzas de pelo enmarañado que recuerdan los penachos deshilachados de unas mazorcas secas, entre las que los piojos viven a sus anchas. Te asomas a la lámina acuosa de un charco de agua sucia y embarrada que hace las veces de un azogue de lógamo para un cuento de cenicientas sin final feliz, sin zapatito de cristal. Te muestra la cruda realidad de tu existencia; como un salivazo contra el sentido común, refleja tu rostro sucio, tu mirada penetrante y dolorida, la frustración que irradia tu ánimo.

No sé qué motivos tienes para sonreír; quizá, yo en tus mismas circunstancias haría cierta una mentira: hundiría la cabeza en la tierra como un avestruz cuando se siente amenazada. Sin embargo, tú sigues adelante con una valentía a prueba de bombas. Miras al frente. Tratas de recomponerte la ropa ajada que vistes desde hace días, quizá semanas. ¡Qué poco importa el tiempo cuando la rutina y las carencias más cruciales marcan a fuego la vida cotidiana para convertir en escorias al futuro! Esa lección la has aprendido demasiado pronto, ¿verdad, pequeña? Podría afirmarse que tu tiempo, el que te corresponde por los años que tienes, y que no hace más de un par de días cumpliste sin velas que soplar, pasó junto a ti como un ciclón; que se escurrió a tu alrededor sin apenas dejarte que lo saborearas, tú con la impotencia de un sediento que ve cómo el agua se escapa de entre sus manos antes de poder beberla. Sin embargo, eso ni te lo cuestionas. La pobreza es un territorio en el que las preguntas incómodas están de más; conforma una heredad idónea para las acciones fulminantes frente a las necesidades más básicas.

Tus manos aferran con garra un extraño artilugio: un bastón cuyo extremo termina en un gancho puntiagudo y enmohecido. Es una especie de tercer brazo que forma parte indeleble de tu

cuerpo; lo manejas con soltura y destreza. No puede ser de otro modo, porque en ello, y en él, te va la supervivencia: lo utilizas, como si fuera la lengua de un camaleón muerto de hambre, para atrapar las sobras de otros, las que para ti representan sabrosos manjares sobre la mesa destartada que viste el apetito no saciado de los hambrientos.

Estás impaciente. Hoy es martes. Los martes los vives como una fiesta: descargan un camión con los desperdicios que generan los establecimientos de una famosa cadena de hamburgueserías de la ciudad. El nerviosismo circula como un viento invisible entre las piras de basura del vertedero, poniendo en guardia a todos los niños y niñas que allí trabajáis de sol a sol; parecéis una legión de gaviotas harapientas y neurasténicas que pugnan entre ellas por tragarse un pescado. Alistados en huestes uniformadas de miseria, reñiréis entre vosotros por haceros con los huesos de las alitas y los muslos de pollo asados a la parrilla, con aquellos que más restos de carne lleven adheridos. Sabes que de nuevo habrás de enfrentarte a una batalla dura. Pero no te achicas. Ayer mismo tuviste que pelear como una brava heroína contra un cerdo al que tratabas de arrebatar de entre los dientes la mitad de una sandía podrida, pero que a ti te parecía fresca y jugosa. Algunos de los huesos que consigas hoy los devorarás al momento, sin necesidad de añadirle salsa alguna; los roerás hasta el mismo tuétano. Después, una vez tengas en tu poder un buen botín de despojos de alitas y muslos para que sean mordisqueados por tu familia, rebuscarás entre la basura cualquier cosa que desprenda brillos metálicos. Con un poco de suerte, tras muchas horas de andar entre la inmundicia, escarbando en tu particular mina al aire libre, conseguirás unos céntimos de peso, que, con la satisfacción tallada en tu rostro, llevarás a tu casa, allí donde tu madre y tus hermanos pequeños te esperan ansiosos, haciendo piruetas a cada segundo que pasa para disimular los intensos retortijones estomacales que hace florecer el hambre que prospera entre la pobreza.

Rebuscas y rebuscas. Remueves centenares de kilos de porquería. Al caer la tarde, te decides a romper una última bolsa de basura con el gancho de tu bastón. De su interior emana un olor nauseabundo, pútrido. Ni te inmutas. Hurgas en su contenido. No puedes creerlo. Miras alrededor, celosa de tu hallazgo. Te has dado de bruces con tu sueño. Está ahí, delante de tus narices.

Cualquiera diría que es tu vivo retrato: pequeña, deformada, mal vestida... sucia. Es una muñeca, aunque da la impresión de que representa a una vieja mendiga. No te importa. Dejas en el suelo el hato que contiene el resultado del trabajo de hoy: varias decenas de latas vacías de refresco y cerveza, que has de vender, y la bolsa con los restos de comida, que has de llevar a tu casa.

Coges la muñeca entre tus manos. La acaricias. La abrazas. Das saltos de alegría. Lloras y ríes a un mismo tiempo, ajena a todo cuanto sucede a tu alrededor. El mundo, tu mundo, poco importa ante tanta felicidad como sientes. Por fin tienes tu muñeca. Tienen que verla tus hermanos y tu madre. La llevarás a casa a toda prisa. Por el camino pierdes el tiempo jugando con ella.

Cuando llegas, tu madre te recibe nerviosa, casi histérica. Hoy has tardado más de la cuenta. Tus hermanos tienen mucha hambre. Tu madre te reclama el dinero que has ganado con la venta de las latas. Tus hermanos, dando vueltas a tu alrededor, tirándote de la ropa, te reclaman su ración de comida; la de los martes. Tú les enseñas la muñeca. Pero eso no le interesa a ninguno. Cuando te preguntan, no sabes qué responder. Clavas los ojos en tu muñeca. Todos lloráis.

Hoy os acostáis más pobres y hambrientos que nunca. Tú lo haces sollozando. Aún te duelen los golpes recibidos. Olvidaste en el vertedero el hato con las latas y la bolsa con los restos de las alitas y los muslos de pollo. Te duermes abrazada a la muñeca, una muñequita tan pobre como tú, y refugiada en tu abrazo.
